

CONTESTACIÓN
de
DON HÉCTOR PARRA MÁRQUEZ

Señor Director y demás Colegas de la Academia Nacional de la Historia,

Señoras; Señores:

Vacante el Sillón Letra "I" por fallecimiento del eminente historiador doctor Vicente Dávila, fue elegido por unanimidad para ocuparlo el doctor Carlos Felice Cardot, escritor erudito y profesional de renombre.

Quiso la benevolencia de mis distinguidos colegas de esta ilustre Corporación, proporcionarme el honor, a la vez que la íntima satisfacción, de dar la bienvenida al nuevo académico, a quien desde hace muchos años, me ligan vínculos de una amistad fervorosa y cordial.

Acierto tuvo la Academia Nacional de la Historia al otorgar uno de sus Sillones al doctor Felice Cardot, y realizó así un acto de merecida justicia; porque él viene, sin duda, por propios merecimientos a ocupar dicho sitio de honor, como lo comprueba ampliamente su dilatada labor cultural, su intachable conducta, su honestidad profesional y la eficiencia demostrada en el desempeño de muy altos y delicados cargos públicos.

Familiares son al nuevo colega los dominios de la Historia, porque él ha sabido transitar con éxito por ellos, ya desde cátedras en Colegios y Liceos, ya como miembro de instituciones científicas o bien como autor de monografías medulosas.

En su más reciente obra, *Décadas de una Cultura*, con generoso afán se dio a la meritísima tarea de ahondar en los orígenes y en el desenvolvimiento de la instrucción en El Tocuyo, su ciudad natal, para lograr, como logró, revalorizar tiempos pasados y presentarnos así una síntesis del magnífico contenido espiritual de la región antes mencionada.

Y ahora, con motivo de su incorporación a esta ilustre Academia, trae como trabajo reglamentario, una estupenda monografía sobre *La Rebelión de Andresote*, en la cual, como hemos visto, profundiza en los detalles e incidencias del referido movimiento, encabezado por aquel zambo, típico ejemplo del hombre sin mentalidad definida, según expresión del propio autor, para sacar conclusiones sensatas en cuanto a la interpretación de los hechos y de las circunstancias que caracterizaron la sublevación aludida.

Transcurrían las primeras décadas del siglo decimoctavo de aquella brillante centuria en que comenzó a culminar en América el complicado proceso de transformación social; porque ya para entonces avanzaba con fuerza el período de floración de la planta opulenta que la España de la maravillosa Conquista, había sabido sembrar en estas tierras de aquende el Atlántico.

Ella, junto con esa su excesiva individualidad, su exclusivismo intransigente, sus hábitos de indisciplina y de anarquía, su fanatismo y otros tantos rasgos que le son característicos, desbordó también en la corriente circulatoria del indígena, el caudal de sus riquísimas virtudes, para dar origen a un nuevo tipo o entidad humana, el cual, para la época de que hablamos, se perfilaba ya con especial fisonomía.

Era el siglo en que la Madre Patria nos daba lo más preciado de su genio y su prestigio y en que ella, a despecho de quienes ayer y hoy han pretendido tildarla de incapaz en su labor civilizadora, presentaba realizaciones elocuentes. Baste recordar entre nosotros la creación del Magnífico y Real Seminario de Santa Rosa de Santa María de Santiago de León de Caracas donde empezó a tomar consistencia la misión educadora; y la de la Real y Pontificia Universidad de Caracas de donde

emergieron los más representativos guarismos de la Venezuela dieciochista; y la creación de la Capitanía General de Venezuela; de la Intendencia de Ejército y Real Hacienda y de la Real Audiencia de Caracas a consecuencia de todo lo cual vinimos a constituir, como es sabido, una verdadera entidad política con gobierno y territorio determinados, con un Poder Judicial propio y exclusivo y con una adecuada organización fiscal.

Durante las primeras décadas, repito, de aquel siglo en que cobró vigoroso impulso nuestra incipiente economía, se inicia en 1730, en el extenso valle del Yaracuy, jurisdicción de San Felipe el Fuerte, la llamada revolución de Andresote o Andrés López del Rosario, movimiento informe y desarticulado pero cuyos orígenes remotos debemos buscarlos, como acertadamente lo observa el nuevo colega, en el descontento, cada vez más creciente, producido por la política económica de la Compañía Guipuzcoana, descontento que unido a otras causas y motivos, habría de desembocar inevitablemente en la pérdida del poderío colonial de España.

Con motivo de su incorporación a esta Academia nos presenta Carlos Felice Cardot una detallada relación de aquel movimiento subversivo, y su trabajo tiene la virtud de ser singularmente original; porque a la verdad, hasta el presente, fuera de alguna que otra nebulosa cita, en los historiadores patrios ni en los extranjeros, nada encontramos acerca de tan trascendentales acontecimientos.

En cambio, el nuevo académico, basado en el documento irrefutable y con esa mesurada capacidad para el análisis que le es característica, se adentra en el estudio de las incidencias de la aventura bélica encabezada por el zambo Andresote, levantado contra su Majestad y la Compañía Guipuzcoana "con gran porción de indios y negros cimarrones armados de flechería, armas de fuego y otras ofensivas".

En el trabajo de referencia, como hemos visto, se señalan con precisión fechas, personajes y lugares, y con el propósito de inquirir su verdadero significado y su intrínseco valor histórico, se describen, desde el detalle intrascendente hasta los hechos más salientes.

En lo sucesivo, para el análisis de los orígenes de nuestra emancipación y de los movimientos revolucionarios que le precedieron y, en general, para el estudio y mayor comprensión del proceso de evolución de las ideas y sentimientos que más influyeron en nuestra transformación política y social, el investigador encontrará en la monografía comentada una nueva y valiosa fuente de interpretación histórica.

Y hallará que tal vez tenga razón el autor cuando piensa que en esa rebelión, ayudada por innumerables vecinos y en la que tomaron parte más de sesenta holandeses, Andrés López del Rosario quizá fuera empujado en su loca aventura, por recónditos sueños de libertad y de gloria, por anhelos profundos prendidos en el fondo del alma, acaso como reminiscencia de antepasados lejanos.

En todo caso, aquel movimiento desorganizado que, como piensa el nuevo colega, al menos vino a demostrar a los criollos su capacidad guerrera, en algo debió fertilizar el terreno para que más tarde germinara con fuerza la semilla de rebeliones como la de Juan Francisco de León y otras que caracterizaron la agitación del aparentemente quieto siglo XVIII, cuando al empuje de las nuevas corrientes que revolucionaban a la humanidad, en Venezuela, al igual de la América, nacía y se desarrollaba una nueva conciencia, para llegar, como se llegó a la emancipación definitiva, lo cual no supo o no pudo contrarrestar la que, especialmente durante las dos primeras austrias, fuera la potencia más poderosa del mundo.

Señor Doctor Carlos Felice Cardot, sé que interpreto cabalmente el sentir de mis distinguidos y honorables colegas de la Academia Nacional de la Historia al presentaros, junto con el cordial abrazo de colegas, las más efusivas congratulaciones por vuestro magnífico trabajo, y de expresaros la complacencia de la Corporación por contaros desde hoy como uno de sus Individuos de Número.